

FARO

Editorial

En simple, pero a fondo

Julio, 2026
N°11

ERNESTO SILVA
Director Ejecutivo
Faro UDD

La Universidad y su rol en tiempos de disrupción: El lugar de encuentro que la IA no debiera reemplazar

La universidad no compite con la IA por entregar información: nació, hace casi mil años, para reunir a maestros y alumnos que buscan juntos la respuesta a preguntas que las máquinas no resuelven solas.

Durante casi mil años, un estudiante que quería aprender debía viajar. Recorría largas distancias para llegar a Bolonia, a París, a Salamanca, y una vez allí escuchaba a un maestro leer en voz alta —lectio, de ahí “lección”— un texto que él no podía poseer, porque cada copia era un objeto raro y costoso, escrito a mano durante meses. Es tentador concluir, de esa escena, que la universidad nació para custodiar un bien escaso: la información. Pero conviene mirar con más cuidado, porque lo que de verdad ocurría en esas aulas no era solo el acceso a un texto. Era otra cosa, menos visible y más decisiva: un grupo de personas —un maestro, un puñado de estudiantes venidos de lugares distintos— se reunía, en un mismo lugar y al mismo tiempo, para pensar en conjunto sobre ese texto, discutirlo, ponerlo a prueba. El manuscrito era el pretexto. El encuentro era la sustancia.

Esa distinción importa hoy más que nunca. La universidad tiene casi diez siglos de existencia: Bolonia en 1088, Oxford hacia 1096, París alrededor de 1150, Cambridge en 1209, Salamanca en 1218. En ese lapso han caído imperios, se han disuelto fronteras, han surgido y desaparecido religiones, ideologías y formas de gobierno, y con ellas, varias revoluciones completas en la forma de acceder a la información: el manuscrito, la imprenta, la biblioteca pública, internet. Y, sin embargo, la universidad permanece —no como reliquia, sino como organismo vivo—. Como recordó Eugenio Guzmán, decano de Educación de la UDD, al presentar el libro editado por José Joaquín Brunner y Mauricio Bravo, esa persistencia no es casual: la universidad no nació de un decreto ni de una voluntad política, nació de una pregunta. No nació, insisto, de un depósito de manuscritos: nació de personas que se juntaron a preguntar.

 @faro_udd

 @faro_udd

 faro udd

 faro@udd.cl

faro.udd.cl

Un estudiante de 2026 vive en el mundo exactamente inverso al del estudiante medieval. Tiene, gratis y al instante, en el teléfono que lleva en el bolsillo, un interlocutor que sabe más que cualquier maestro medieval sobre casi todo, que responde en segundos, que no se cansa y que está disponible a cualquier hora.

Vale la pena tomarse en serio esa longevidad, porque una institución que ha sobrevivido a todo aquello que parecía más poderoso que ella —incluida cada revolución previa en el acceso a la información— no está derrotada ante cualquier disrupción tecnológica. Y vale la pena, también, notar en qué consistió cada vez su supervivencia: no en proteger el manuscrito, ni el libro impreso, ni la base de datos, sino en proteger el encuentro entre quien enseña y quien aprende. La imprenta ya lo insinuó en el siglo XV, cuando abarató el libro sin volver prescindible al profesor. Internet lo insinuó de nuevo, cuando puso bibliotecas enteras a un clic sin cerrar las aulas. Eso es lo que hoy está en juego, con una claridad que la inteligencia artificial vuelve imposible de eludir.

Un estudiante de 2026 vive en el mundo exactamente inverso al del estudiante medieval. Tiene, gratis y al instante, en el teléfono que lleva en el bolsillo, un interlocutor que sabe más que cualquier maestro medieval sobre casi todo, que responde en segundos, que no se cansa y que está disponible a cualquier hora. Si la universidad fuera, en su núcleo, una maquinaria para transmitir contenidos, esta sería una mala noticia sin atenuantes: estaría compitiendo con algo gratuito, infinitamente escalable y disponible para cualquiera, y esa es una batalla perdida de antemano. Pero la universidad nunca fue, en su núcleo, eso. La transmisión de información fue, durante siglos, el medio disponible para hacer algo distinto: reunir a personas para que buscaran juntas la respuesta a preguntas que no se agotan en la lectura de un contenido. Ese fin no ha cambiado. Lo que cambió es que ahora resulta imposible confundirlo con el medio.

Tres respuestas que no alcanzan

Frente a la irrupción de la IA circulan hoy tres respuestas típicas, y cada una tiene una parte de verdad que conviene reconocer antes de mostrar por qué ninguna basta.

La primera es la respuesta negacionista: nada cambia en lo esencial, la universidad sobrevivió a la imprenta y a internet, y sobrevivirá también a esto. Tiene razón en la resiliencia histórica, pero confunde continuidad con inmutabilidad: nunca antes lo comoditizado había sido una operación que creíamos nuclear —razonar, redactar, resolver, argumentar—, y minimizar esa diferencia no es prudencia, es mirar hacia otro lado.

La segunda es la respuesta capitulacionista: la universidad es un anacronismo, y el futuro pertenece a las microcredenciales y al aprendizaje desagregado, provisto por quien se mueva más rápido. Acierta en que el modelo tradicional se está desagregando, pero supone que los modelos pueden proveer, sin instituciones, aquello que las instituciones proveían: una comunidad estable donde la confianza y el criterio se forman a lo largo de años, no de módulos sueltos.

La tercera es la respuesta tecnocrática: adoptemos la IA con decisión, intégrmosla en todo, y el problema se resolverá solo. Esta respuesta confunde la herramienta con el propósito. Adoptar tecnología no es una respuesta a la pregunta de qué universidad queremos ser; es, en el mejor de los casos, un instrumento al servicio de una respuesta que todavía no se ha dado. Integrar la IA sin haber decidido para qué es como equipar espléndidamente un barco sin saber a qué puerto se dirige.

Las tres comparten un mismo error: piensan la universidad como proveedora de un servicio —información, credenciales, empleabilidad— y no como lo que en rigor es, desde Bolonia: una comunidad de personas que se encuentran para pensar juntas.

Las tres comparten un mismo error: piensan la universidad como proveedora de un servicio —información, credenciales, empleabilidad— y no como lo que en rigor es...

Y aquí aparece la paradoja más importante: la IA no vuelve prescindible esta formación exigente, la vuelve más valiosa, porque quien mejor aprovecha una herramienta poderosa es quien antes ha construido, en comunidad y con esfuerzo, el juicio desde el cual dirigirla. A quien no ha formado su juicio, la máquina no lo salva: lo reemplaza.

Lo que solo ocurre en el encuentro

Cuando la información se vuelve gratuita, se hace visible algo que antes quedaba oculto tras el ajeteo de transmitir contenidos: lo más valioso que ofrece la universidad nunca dependió de la escasez de la información, sino del encuentro entre personas.

La formación del juicio y el carácter es la primera de esas cosas, y no se transmite: se cultiva en el diálogo, en el seminario donde hay que defender una idea frente a otros, en el proyecto donde hay que hacerse cargo de las consecuencias junto a un equipo, en la discusión que obliga a revisar la propia posición porque alguien, enfrente, sostiene otra. Nada de eso ocurre sólo en la lectura individual –por muy importante que siga siendo–, ni preguntándole a una máquina que no discrepa de verdad ni recuerda mañana lo que discutimos hoy. En un mundo disruptivo, lo que realmente distingue a un egresado es si sabe aprender, adaptarse, razonar bajo incertidumbre y conectar disciplinas, y ninguna de esas cuatro capacidades se adquiere escribiendo *prompts* sobre contenidos que la IA entrega gratis: se adquieren en comunidad, combinando una formación fundamental –el pensamiento crítico, la lectura, la escritura, la expresión oral– con una formación conectada con lo real –las prácticas tempranas, los proyectos con organizaciones, la exposición a problemas auténticos junto a otros–. Y aquí aparece la paradoja más importante: la IA no vuelve prescindible esta formación exigente, la vuelve más valiosa, porque quien mejor aprovecha una herramienta poderosa es quien antes ha construido, en comunidad y con esfuerzo, el juicio desde el cual dirigirla. A quien no ha formado su juicio, la máquina no lo salva: lo reemplaza.

La segunda es la credencial confiable, que tampoco es un dato: es una promesa que sostienen personas, no un algoritmo. Un título universitario permite a un empleador, a un colegio profesional, a un paciente, confiar sin tener que evaluar a cada persona desde cero, porque hay generaciones de profesores que, encuentro a encuentro, examen a examen, respondieron por la formación de cada egresado. Una IA puede evaluar competencia, cada vez mejor. Pero no puede, por ahora, encarnar esa cadena de personas que se conocen, se examinan y se responsabilizan unas por otras. Esa confianza es institucional porque es, antes que nada, humana.

Y hay una tercera cosa que solo el encuentro produce: la capacidad de conectar saberes distintos. La IA es extraordinaria respondiendo dentro de un dominio, pero el problema real casi nunca respeta las fronteras de una sola disciplina, y conectar la técnica con la ética, la economía con la salud, el derecho con la tecnología, es algo que ocurre cuando personas de formaciones distintas se sientan juntas a discutir un mismo problema –no cuando cada una consulta, por separado, a la misma máquina.

No es casualidad que la palabra *universitas* no designara originalmente un edificio ni un mecanismo de enseñanza, sino una comunidad: la *universitas magistrorum et scholarium*, la comunidad de maestros y estudiantes unidos por un propósito común, un lugar donde la verdad se busca en compañía y donde las verdades no están nunca del todo acabadas. Eso es, literalmente, lo que la palabra siempre quiso decir. La comoditización de la información no ataca ese núcleo: ataca la capa más externa y prescindible de lo que la universidad llegó a ser, y la devuelve, si sabe escucharse, a lo que fue desde el primer día.

La IA es extraordinaria respondiendo dentro de un dominio, pero el problema real casi nunca respeta las fronteras de una sola disciplina, y conectar la técnica con la ética, la economía con la salud, el derecho con la tecnología, es algo que ocurre cuando personas de formaciones distintas se sientan juntas a discutir un mismo problema...

La pregunta sobre qué universidad queremos ser en tiempos de IA no es, en el fondo, una pregunta de gestión ni de tecnología: es una pregunta sobre qué reglas y qué comunidad queremos sostener, no sobre qué plataforma comprar o qué prohibir esta semana.

Una apuesta anterior a la IA

Aquí conviene bajar de las ideas a la experiencia concreta. En la Universidad del Desarrollo hemos apostado, desde hace años y a través del proyecto UDD Futuro, por pilares que hoy adquieren un sentido que no era del todo evidente cuando los formulamos: la sólida formación disciplinar, la formación extradisciplinar, el aprendizaje experiencial, la interdisciplina, la flexibilidad, la mirada global. Iniciativas como la Semana i, que cada año reúne a miles de estudiantes de distintas carreras a resolver desafíos reales en equipos mixtos; los laboratorios interdisciplinarios; los cursos en otras disciplinas y las trayectorias complementarias; las Destrezas de Comunicación y Pensamiento: nada de esto fue diseñado como respuesta a la inteligencia artificial —es anterior a su explosión—. Fue diseñado por una convicción formativa: que reunir a personas distintas, y hacerlas trabajar juntas sobre problemas reales, forma mejores personas y mejores profesionales. Esa apuesta, hecha por razones de fondo, resulta hoy singularmente pertinente, porque coincide con lo único que la IA no puede ofrecer: el encuentro.

Una decisión sobre las reglas, no sobre las jugadas

La pregunta sobre qué universidad queremos ser en tiempos de IA no es, en el fondo, una pregunta de gestión ni de tecnología: es una pregunta sobre qué reglas y qué comunidad queremos sostener, no sobre qué plataforma comprar o qué prohibir esta semana. La mayoría de las instituciones está decidiendo sobre lo segundo, cuando lo que verdaderamente define su futuro es lo primero.

Esa distinción exige resistir dos tentaciones simétricas. La primera es el miedo visible: prohibir, restringir, blindar el aula frente a la máquina; comprensible, y en materia de evaluación necesario en el corto plazo, pero como estrategia de fondo confunde proteger el encuentro con congelarlo.

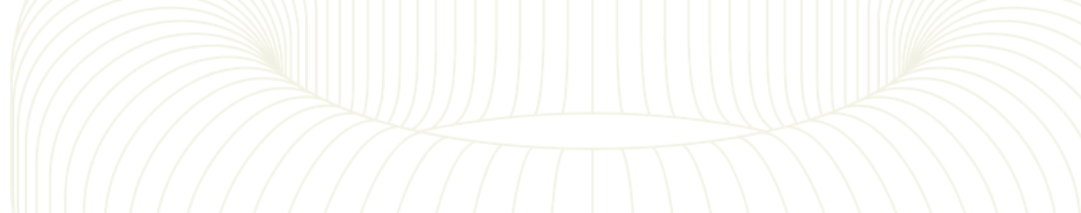
La segunda es la contraria: adoptarlo todo por miedo a quedar atrás, sin preguntarse para qué, sacrificando lo que de verdad importa —qué tipo de persona y qué tipo de comunidad estaremos formando dentro de diez años— en el altar de la ansiedad de hoy.

Y es aquí donde una universidad necesita algo más que buenos reglamentos: necesita espacios donde esta pregunta se piense, no solo se administre. Faro UDD nació con esa vocación. No es un adorno institucional: es parte de cómo esta universidad responde la pregunta del título, pensándola en voz alta, contrastándola con otros, aportando a una formación y a un debate que exceden lo estrictamente profesional. Una universidad que reflexiona sobre sí misma en público no pierde el tiempo en abstracciones: ejerce la más universitaria de las tareas, que es pensar en comunidad antes de actuar.

Volver a la pregunta

Cuando la IA consolide su influencia, la universidad no desaparecerá por decreto tecnológico. Pero tampoco sobrevivirá por inercia. Sobrevivirá, y merecerá sobrevivir, la que entienda que nunca fue, en lo esencial, un lugar donde se entrega información, sino un lugar de encuentro entre quienes enseñan y quienes aprenden, reunidos para buscar en comunidad respuestas a preguntas que no se agotan en la lectura de un contenido. Esa respuesta no la dará la tecnología, que es un medio, ni un decreto de autoridad, que pretenda decidir qué debe hacerse. La dará un grupo de personas que decide, deliberadamente, qué quiere ser. Volver a esa pregunta es, en el fondo, volver a lo que siempre fue.

Y es aquí donde una universidad necesita algo más que buenos reglamentos: necesita espacios donde esta pregunta se piense, no solo se administre. Faro UDD nació con esa vocación. No es un adorno institucional: es parte de cómo esta universidad responde la pregunta del título, pensándola en voz alta, contrastándola con otros, aportando a una formación y a un debate que exceden lo estrictamente profesional.



La inteligencia artificial no nos obliga a inventarnos de nuevo; nos invita a reconocer con mayor claridad, y a profundizar con mayor decisión, aquello que ya intuíamos. Como recordamos en el Editorial N°9 a propósito de Artemis, y en el N°10 sobre el orden de la libertad frente a la IA, las grandes transformaciones no se enfrentan solo con audacia tecnológica, sino con instituciones capaces de darles sentido y dirección.

La Universidad del Desarrollo no enfrenta esta pregunta desde cero. Lleva años, a través de UDD Futuro, apostando por reunir personas distintas en torno a problemas reales, por la formación del pensamiento antes que por la acumulación de contenidos. La inteligencia artificial no nos obliga a inventarnos de nuevo; nos invita a reconocer con mayor claridad, y a profundizar con mayor decisión, aquello que ya intuíamos. Como recordamos en el Editorial N°9 a propósito de Artemis, y en el N°10 sobre el orden de la libertad frente a la IA, las grandes transformaciones no se enfrentan solo con audacia tecnológica, sino con instituciones capaces de darles sentido y dirección.

La pregunta, entonces, no es si la universidad sobrevivirá. Es qué universidad elegiremos ser. Y esa —a diferencia de la información— es una respuesta que ninguna máquina nos entregará gratis: hay que ganársela, juntos.